

## Domingo 25 del Tiempo Ordinario (A)

### PRIMERA LECTURA

*Mis planes no son vuestros planes*

**Lectura del libro de Isaías 55, 6-9**

Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor-. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes.

**Sal 144, 2-3. 8-9. 17-18 R.** *Cerca está el Señor de los que lo invocan.*

### SEGUNDA LECTURA

*Para mí la vida es Cristo*

**Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 1, 20c-24. 27a**

Hermanos: Cristo será glorificado abiertamente en mi cuerpo, sea por mi vida o por mi muerte. Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en ese dilema: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo.

### EVANGELIO

*¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?*

**Lectura del santo evangelio según san Mateo 20, 1-16**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: – «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido.” Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?” Le respondieron: “Nadie nos ha contratado.” Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña.” Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págalos el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.” Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: “Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno.” El replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?” Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.»

## El sistema salarial del Reino de los Cielos

La primera lectura subraya la trascendencia y, simultáneamente, la cercanía de Dios. Dios se pone a tiro, pero también se defiende de nuestros deseos de usarlo según nuestros caprichos y de acuerdo a nuestros planes. Si queremos encontrarlo, puesto que está cerca, debemos convertirnos, renunciar a nuestros planes malvados, cambiar de mentalidad, para hacernos capaces de entrar en la lógica de Dios, de entender sus planes y caminar por sus caminos.

Pablo nos ofrece un magnífico ejemplo de lo que significa adoptar la mente de Dios. Pablo, plenamente identificado con Cristo, con el misterio de su muerte y resurrección, nos introduce en esta nueva sabiduría que ve en la muerte no la total destrucción de nuestro ser, sino el encuentro con Cristo y el paso a una forma superior de existencia en plena comunión con Dios, con el misterio del Amor. Pero precisamente es el amor, en el que consiste la mente de Dios, sus planes y sus caminos, lo que hace relativo vivir o morir, porque lo importante es cómo amar mejor, es decir, cómo estar mejor en actitud de servicio para el bien de los hermanos.

Es en esta clave del servicio como debemos entender la parábola de los trabajadores de la viña. Jesús la introduce con las palabras “el Reino de los Cielos se parece a...” (Otras versiones dicen “con el Reino de los Cielos sucede...”). Es decir, Jesús no está dándonos una clase sobre relaciones laborales y salarios justos, sino que toma estos asuntos (en los que se reflejan nuestros planes,

nuestros caminos), para introducirnos en la lógica de la mente de Dios, para que, entendiéndola, la adoptemos.

Trabajar en la viña del Señor es, ciertamente, un trabajo. No hemos sido llamados a ella para holgar, sentarnos a la sombra y dejar pasar el tiempo. El Señor nos llama para que trabajemos en ella, y para que trabajemos duro. Pero este trabajo, por duro, difícil, incluso peligroso que pueda llegar a ser, es ante todo un don, una gracia, una suerte. Se podría decir que el salario es ya el hecho mismo de estar y trabajar en la viña del Señor, o poder ofrecer los frutos de ese trabajo al mundo entero. El denario final, que todos reciben por igual, al margen de que hayan trabajado mucho o poco, es signo del carácter gratuito del mismo, porque el salario por estar y trabajar en esa viña es el mismo Cristo, que se entrega por igual a todos.

A veces en la Iglesia nos movemos con la mentalidad del mundo, pensando que merecemos más que otros, comparando nuestros méritos y los años de servicio prestados. Nos comparamos entre nosotros y le exigimos a Dios que actúe según nuestros criterios, es decir, según esos planes y por esos caminos que son los nuestros y no los suyos. Cuando hacemos esto nos convertimos en mercenarios del evangelio, y nos extrañamos del mismo; hacemos del trabajo en la viña del Señor no una suerte, una gracia que nos regala Cristo con su llamada, sino un modo de medrar, de sobresalir o de encontrar acomodo en un lugar que es la Iglesia como podría ser cualquier otro.

Pero si trabajamos en la viña según la mente del Señor lo hacemos para que todos por igual conozcan y amen a Dios Padre, y alcancen por igual la salvación. En Cristo Jesús superamos todas nuestras diferencias y dejamos de lado el concurso de méritos porque en Él, convirtiéndonos a Él, sea desde la infancia, sea en edad madura o en el ocaso de nuestra vida, alcanzamos por igual la comunión con Dios, y aquí no hay lugar para los celos o las comparaciones, sino solo para la alegría de la comunión.

Se me ocurre que el gran trabajador de primera hora, que ha soportado todo el peso del día, es el mismo Cristo, y el trabajador de última hora bien podría ser el buen ladrón, a punto de expirar en la cruz. A este le paga Jesús su denario: “hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43), ese denario, al que, más allá de todo mérito, aspiramos todos.